



DECORACIÓN DE LOS ACTOS I Y II

FOT. DE COMPAÑY

TEATRO ESPAÑOL

ELECTRA

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA, POR DON BENITO PÉREZ GALDÓS

Poco, poquísimo, podremos añadir á lo mucho y bueno que ya se lleva dicho de *Electra*, famosa producción dramática, que á las cuarenta y ocho horas de verificado su estreno, había conquistado inmensa resonancia en todas las naciones del viejo continente, colocando á su esclarecido autor á la altura de los más insignes dramaturgos contemporáneos.

Mas para que el lector pueda formarse una idea, si quiera sea aproximada nada más, de lo que es *Electra* y de lo que significa su alta y nobilísima tendencia, á continuación damos un ligero extracto del argumento de la obra.

Al levantarse el telón, nos encontramos en un salón del magnífico hotel de los señores de *García de Yuste*, (*don Urbano* y *doña Bearista*), un matrimonio adinerado que consagra la mitad de sus cuantiosas rentas á la fundación y sostenimiento de obras pías.

Ambos señores conversan afablemente con el noble y simpático *Marqués de Renda*, al que les unen antiguos vínculos de amistad, y por su conversación nos enteramos de ciertas intimidades del matrimonio. *Don Urbano* es un bendito señor que vive en cuerpo y alma sometido á su consorte, una señora altiva, dominante y muy devota. En compañía de ambos vive *Electra*, hija de una prima de *Bearista*. *Máximo*, sobrino también de la señora de *Yuste*, ocupa un pabellón del jardín del hotel donde

ha instalado su laboratorio. *Máximo* es un sabio, un verdadero hombre de ciencia, que se pasa la vida haciendo cálculos algebráicos y estudiando combinaciones metalúrgicas. Su familia le llama el *Mágico prodigioso*; tiene treinta y cinco años, y es viudo y padre de dos niños pequeños.

A juzgar por la pintura que *don Urbano* hace de su sobrina, sacamos en consecuencia que *Electra* es una niña voluble, caprichosa, alegre, risueña, angel unas veces, diablillo encantador otras... Allí se habla de *Fleutería*, madre de *Electra*, mujer de mucha historia, hasta que arrepentida de la vida galante que llevó durante su tormentosa juventud, se recluyó en el Convento de San José de la Penitencia, donde murió á los cuarenta y cinco años. La niña, fué educada en un colegio religioso del Mediodía de Francia, y al entrar en la adolescencia se hicieron cargo de ella los señores de *Yuste* para tenerla á su lado y enderezar sus inciertos pasos por el buen camino, evitando así que siguiera las huellas de su madre.

En escena entra un nuevo personaje: *don Leonardo Cuesta*, íntimo de la casa y agente de negocios, que en cada operación financiera que realiza, tiene la suerte de aumentar considerablemente el casi fabuloso capital de los *García Yuste*. El señor *Cuesta*, según confesión propia, padece una gravísima afección cardíaca, de la cual se que-



Electra, SRTA. MORENO

FOTOGRAFIA DE "EL TEATRO" POR GALVET



Patros, SRTA. ARÉVALO



Gil, SR. DEL CERRO



Barbina, SRTA. ANAYA

tos. Invitado el *Marqués* a tomar café, acepta gustoso; conviniendo después en que, cuando anochezca, llevarán a *Electra* a casa de los señores de *Yuste*, sus apreciables tíos.

Momentos antes de anocheecer, se presenta *Pantoja*, el cual, con el desabrimiento que en él es peculiar, reprocha a *Electra*, que se ha colocado cerca de *Máximo*, como buscando amparo, por haber cometido tamaña ligereza. Luego acusa a *Máximo* de haber empleado malas artes para llevarla a su laboratorio, invitándola con mal disimulado tono de autoridad a que abandone aquel sitio que constituye un serio peligro para ella.

Protesta *Máximo* de la intrusión de *Pantoja*, diciendo que, como dueño de la casa, a nadie concede derecho para llevarse a *Electra* de allí, sin su expreso consentimiento.

Insiste *Pantoja* en que ella ha de seguirle, y esta se niega resueltamente, diciendo que solo irá a casa de sus tíos acompañada de *Máximo* y del *Marqués*. Obscurece por completo.

—Vamos... Ya viene la noche—dice el marqués.

En este momento dos potentes focos de luz eléctrica iluminan profusamente la escena.

—Es el día... ¡Día eterno para mí!—contesta *Electra*,—y termina

LA NIÑA MATILDE LÓPEZ
FOTOGRAFÍAS DE "EL TEATRO" POR CALVET

el acto, que es sin disputa uno de los mejores del teatro contemporáneo.

El cuarto se desarrolla en el jardín del palacio de los señores de *García Yuste*. Al levantarse el telón, aparece en escena *Electra* muy entretenida en hacer ramos de flores, que destina a la Virgen y a los niños de *Máximo*, dando la delicada comisión de llevarlos, a *Patros*, que la acompaña.

Electra en aquellos momentos se juzga la mujer más dichosa del mundo. *Máximo* la ama, ha pedido su mano y muy en breve quedará acordada la fecha de la boda, detalle que determinará *doña Ecarista*.

Va, pues, a realizar el sueño que viene acariciando desde que conoce a *Máximo*; va a ser la madre de sus pequeñuelos, con los cuales juega en el jardín del hotel de sus tíos; va a realizar, en fin, la dicha suprema, la eterna aspiración de su alma.

Cuando *Pantoja* conoce la resolución de *Máximo*, que viene a destruir cuantos planes forjara aquél respecto de la niña, pone en juego todos los resortes de su mefistofélico ingenio para malograr el casamiento en que *Máximo* y *Electra* cifran toda su felicidad.

Ecarista y *Pantoja* hablan dete-

ja constantemente. Es portador de una importante suma que la piadosa doña *Bearista*, queriendo ganar el cielo por este medio, distribuye equitativamente entre el Pa-



Máximo, SR. FUENTES

FOTOGRAFÍA DE "EL TEATRO", POR GALVET

trocio de San José y las Esclavas. Queda solo el señor *Cuesta* haciendo cuentas; pide agua á una de las criadas de la casa, rogándole al mismo tiempo que le proporcione

una entrevista con *Electra*, para ofrecerle su protección y notificarle que en su testamento la nombrará heredera de la mitad de su fortuna, que también es considerable.

Otro amigo de la casa es don *Salvador Pantoja*, que se interesa vivamente por la niña, que la sigue, que la espía, y, que según dice, conoció y fué amigo de su madre.

El acto termina con una soberbia escena en la que se dibujan vagamente los amores de *Máximo* y *Electra*, descubrimiento que pone muy en cuidado á *Pantoja*, cuyos planes respecto de la niña se ven seriamente amenazados.

Quando comienza el segundo acto, que sirve para complementar la exposición del drama, se presenta en escena el *Marqués de Ronda*, que viene á invitar á los dueños de la casa á la inauguración del Asilo de la Esclavitud, con cuyo motivo se prepara una solemne fiesta religiosa costeada por la *Marquesa de Ronda*, que, como su amiga la de *García Yuste*, aspira á ganar la eterna bienaventuranza á fuerza de gastarse el dinero en estas cosas.

Máximo se despide: proyecta un viaje para hacer una gran instalación de luz eléctrica; noticia que llena de satisfacción á *Pantoja*, que á todo trance desea la ausencia del *Mágico*.

Mientras la familia se dispone á asistir á la inauguración del Asilo, *Electra*, que fiel á su carácter, no pierde ocasión de hacer alguna de las suyas, en complicidad con *Patros*, su doncella, se apodera del niño pequeño de *Máximo*, ocultándolo después en la habitación de aquella. Con encantadora ingenuidad instruye á la sirviente de la forma y hora en que ha de dar de comer al pequeñuelo, y esto da ocasión á una de las escenas más tiernas é interesantes de la obra.

Quando ya están reunidos todos, incluso el *Marqués de Ronda* y el sombrío *Pantoja*, para marchar al templo, una criada vieja, chismosa y gruñona, descubre la ocultación del niño, y esto, que el *Marqués* y *Urbano* consideran una gracia, indigna á *Bearista*, por juzgarlo una ligereza de su sobrina, y á *Pantoja*, por el sintoma grave que revela.

Electra toma el niño en sus brazos sin escuchar los ruegos de *Bearista* y *Pantoja* para que le deje. La niña se rebelde, huye con el rapazuelo en los brazos y dice:

—«¡Egoistas! ¿No veis que no tiene madre?»

Así termina el acto segundo.

Al comenzar el tercer acto, ya está el público metido en la obra, según se dice en el argot de bastidores, y adora á la gentil *Electra*, admira á *Máximo* y odia profundamente á *Pantoja*, no solo por lo que este personaje simboliza, sino porque le ve constantemente atentar contra la felicidad de aquellos.

Este acto se desarrolla en el laboratorio del *Mágico*. La decoración es soberbia y de un efecto sorprendente.

Mientras *Máximo* trabaja, *Electra* se ha abrogado el cargo de dueña de la casa, cuidando con solícito interés de los niños de *Máximo*, cuyo sueño vela, como de la colocación y aseo de los diversos objetos que el sábio tiene en su estudio.

Como *Máximo* ha despedido á sus criadas, por *sírnas* á unas y á otras por descuidadas, en tanto que llega la cocinera que encargara á su tía, *Electra* ha dispuesto la comida.

Esta escena es un idilio; el amor gira en torno de aquellos seres, revelándose ya por dulces palabras, ya por tiernas miradas en las que relampaguea el fuego de la pasión que lentamente van inflamando aquellos dos corazones.

Creemos inútil decir que á *Máximo* aquella modes-

ta comida le satisface mucho más que un banquete preparado y servido por el propio Agustín Lhardy en persona.

A continuación reproducimos esta interesantísima escena:

ACTO III—ESCENA V

MÁXIMO, ELECTRA

ELECTRA.—(Entrando con una cazuela humeante.) Aquí está lo bueno.

MÁXIMO.—¿A ver, á ver qué has hecho? ¡Arroz con menudillos! (Se sienta.)

ELECTRA.—Elógiolo por adelantado, que está muy bien... Verás. (Se sienta.)

MÁXIMO.—Se me ha metido en mi casa un angelito cocinero...

ELECTRA.—Lláname lo que quieras, Máximo; pero ángel no me llames.

MÁXIMO.—Ángel de cocina... (Rica aubos.)

ELECTRA.—Ni eso. (Haciéndole el plato.) Te sirvo.

MÁXIMO.—No tanto.

ELECTRA.—Mira no hay más. He creído que en estos apuros, vale más una cosa buena que muchas medianas. (Empieza á comer.)

MÁXIMO.—Acertadísimo... ¿Sabes de qué me río? ¡Si ahora viniera Evarista y nos viera, comiendo, así, solos!...

ELECTRA.—¿Y cuando supiera que la comida está hecha por mí!...

MÁXIMO.—Chica, ¿sabes que este arroz está muy bien, pero muy bien hecho?...

ELECTRA.—En Hendaya una señora valenciana fué mi maestra: me dió un verdadero curso de arroces. Sé hacer lo menos siete clases, todas riquísimas.

MÁXIMO.—Vaya, chiquilla, eres un mundo que se descubre...

ELECTRA.—¿Y quién es mi Colón?

MÁXIMO.—No hay Colón. Digo que eres un mundo que se descubre solo...

ELECTRA.—(Ricndo.) Pues por ser yo un mundito chiquito, que se cree digno de que lo descubran, ¡pobre de mí! deteriorarán haciéndome monja para preservarme de los peligros que amenazan á la inocencia.

MÁXIMO.—(Después de probar el vino, mira la etiqueta.) Vamos que no has traído mal vino.

ELECTRA.—En tu magnífica bodega, que es como una biblioteca de riquísimos vinos, he escogido el mejor Burdeos, y un Jerez superior.

MÁXIMO.—Muy bien. No es tonta la bibliotecaria.

ELECTRA.—Pues sí. Ya sé lo que me espera: la soledad de un convento...

MÁXIMO.—Me temo que sí. De esta no escapas.

ELECTRA.—(Asustada.) ¿Cómo?

MÁXIMO.—(Rectificándose.) Digo, sí: te escapas... te salvaré yo...

ELECTRA.—Me has prometido ampararme.

MÁXIMO.—Sí, sí... Pues no faltaba más...

ELECTRA.—(Con gran interés.) Y ¿qué piensas hacer? dí-melo...

MÁXIMO.—Ya verás... la cosa es grave...

ELECTRA.—Hablas con la tía... y... ¿qué más?

MÁXIMO.—Pues... hablo con la tía...

ELECTRA.—¿Y qué le dices, hombre?

MÁXIMO.—Hablo con el tío...

ELECTRA.—(Impaciente.) Bueno: supongamos que has hablado ya con todos los tíos del mundo... Después...

MÁXIMO.—No te importe el procedimiento. Ten por seguro que te temaré bajo mi amparo, y una vez que te ponga en lugar honroso y seguro, procederé al examen y selección de novios. De esto quiero hablar contigo ahora mismo.

ELECTRA.—¿Me reñirás?

MÁXIMO.—No: ya me has dicho que te hasta el juego de muñecos vivos, ó llámense novios.

ELECTRA.—Buscaba en ello la medicina de mi aburrimiento, y á cada toma me aburría más...

MÁXIMO.—¿Ninguno ha despertado en ti un sentimiento... distinto de burlas?

ELECTRA.—Algunos... por el lenguaje de los ojos, que no siempre sabemos interpretar. Por eso no los cuento.

ELECTRA.—Ninguno.

MÁXIMO.—¿Todos se te han manifestado por escrito?



Pantaja, SR VALLARINO

FOTOGRAFIA DE "EL TEATRO" POR CALVET

MÁXIMO.—Sí: hay que incluirlos á todos en el catálogo, lo mismo á los que tiran de pluma que á los que foguean con miraditas. Y hénos aquí frente al grave asunto que reclama mi opinión y mi consejo. Electra, debes casarte, y pronto.



Ecarista, SRA. LLORENTE

MÁXIMO.—(Contemplándola.)—Como alzar los ojos, yo... ya miro, ya...

Al terminar la comida, y cuando *Electra* se dispone á servir el café, que ya tiene dispuesto, se presenta el *Marqués de Ronda*, cuya sorpresa no tiene límites al ver á la niña en el laboratorio de *Máximo* y enterarse de que han comido jun-

ELECTRA.—(Bajando los ojos vergonzosa.) ¿Pronto?... Por Dios, ¿qué prisa tengo?

MÁXIMO.—Antes hoy que mañana. Necesitas á tu lado un hombre, un marido. Tienes alma, temple, instintos y virtudes matrimoniales. Pues bien: en la caterva de tus pretendientes, forzoso será que elija yo uno, el mejor, el que por sus cualidades sea digno de tí. Y el colmo de la felicidad será que mi elección coincida con tu preferencia, porque no adelantariamos nada, fíjate bien, si no consiguiera yo llevarte á un matrimonio de amor.

ELECTRA.—(Con espontaneidad.) ¡Ay, sí!

MÁXIMO.—A la vida tranquila, ejemplar, fecunda, de un hogar dichoso...

ELECTRA.—¡Ay, qué preciosidad! ¿Pero merezco yo eso?

MÁXIMO.—Yo creo que sí... Pronto se ha de ver. (Concluyese de comer el arroz.)

ELECTRA.—¿Quieres más?

MÁXIMO.—No, hija: gracias. He comido muy bien.

ELECTRA.—(Poniendo el fustero en la mesa.) De postro no te pongo más que fruta. Sé que te gusta mucho.

MÁXIMO.—(Cogiendo una hermosa manzana.) Sí, porque esta es la verdad. No se ve aquí mano del hombre... más que para cogerla.

ELECTRA.—Es la obra de Dios. ¡Hermosa, espléndida, sin ningún artificio!

MÁXIMO.—Dios hace estas maravillas para que el hombre las coja y se las coma... Pero no todos tienen la dicha ó la suerte de pasar bajo el árbol... (Manda una manzana.)

ELECTRA.—Si pasan, si pasan... pero algunos van tan abstraídos mirando al suelo, que no ven el hermoso fruto que les dice: «Cógeme, cómeme.» Y bastaría que por un momento se apartasen de sus afanes, y alzaran los ojos...



Urbano, SR. SALA-JULIEN



El Marqués de Ronda, SR. ALTARRIDA



Sor Dorotea, SRA. BADILLO



Cuesta, SR. DEL CERRO

nidamente del asunto, y durante esta conversación él le dice que á todo trance es necesario evitar que el matrimonio se realice, no porque él se oponga á que la niña se case, si tal es su voluntad, sino porque considera que aún no está preparada para el matrimonio ni en disposición de elegir con acierto el hombre que ha de ser su compañero para toda la vida. Quiere, pues, que *Electra* ingrese en un convento donde se pueda pulsar su carácter, sus gustos, sus afectos, para determinar en vista de tales observaciones. Lo que desde luego rechaza es el casamiento con *Máximo*, cuyas ideas, que tiene por insanas, pueden ser dañosas á la angelical criatura.

Pantoja miente. El no quiere que *Electra* sea esposa de *Máximo* ni de ningún otro; lo único que desea es que la niña ingrese en el convento, donde purgue las culpas ajenas. Tal es la tesis de *Pantoja*.

Escarista defiende á *Máximo* fundándose en los indiscutibles méritos y brillantes cualidades que adornan á su sobrino, negando por último, su concurso á *Pantoja* para la realización de sus diabólicos planes.

Pantoja, sin embargo, no se da por vencido, y después de un momento de meditación, dice á *Escarista* que escriba una carta á la superiora del Asilo de San José de la Penitencia, mandándola venir á su casa acompañada de dos hermanas.

Su mente le ha sugerido una idea disbólica, y como hombre que cuando trata de hacer su voluntad no repara en los medios, por reprochables que éstos sean, resuelve ponerla en práctica inmediatamente.

El interés del público va creciendo por momentos,

porque con su natural intuición, comprende que se aproximan sucesos graves y trascendentales para aquellos dos seres, cuyas almas se han fundido en una sola como los metales, en el candente horno del laboratorio.

Queda después solo *Pantoja*, y á los pocos momentos llega *Electra* alegre y risueña como de costumbre. Al

encontrarse inopinadamente juntos, ella revela la contrariedad y el espanto que le causa la presencia del fatídico personaje.

Este intenta convencer á *Electra* de que debe ingresar en el convento para consagrarse á Dios eternamente. *Electra* se opone á ello, sin que basten todos cuantos argumentos emplea *Pantoja* para persuadirla, ni aun la promesa de nombrarla superiora del convento en que ha de ser recluida.

La encantadora niña está demasiado enamorada del sabio para dejarse embaucar por las falaces promesas de *Pantoja*, prefiriendo las realidades humanas que *Máximo* le brinda en su amor, á los goces divinos que, según *Pantoja*, le están reservados.

Como *Pantoja* ve que la presa se le escapa de la mano, cuando creía tenerla más segura, apela á una enorme indignidad, recurso que él cree supremo, para vencerla tenaz resistencia de *Electra* á ingresar en San José de la Penitencia. Empleando

los más sutiles eufemismos le hace creer que ella y *Máximo* son hermanos, lo cual trata de justificar diciéndole que el padre de su prometido fué amante de la desgraciada *Eleuteria*...

Esta terrible revelación llena de estupor á *Electra* que, indignada protexa de tal acusación. No obstante, *Pantoja*, aprovechando aquel momento en que el cerebro de



Máximo, SR. FUENTES.— «0,158 0,73... Está equivocado...»

FOTOGRAFIA DE "EL TEATRO" POR CALVET

la niña está lleno de encontradas ideas que la confunden y trastornan, insiste en sus afirmaciones, que acaban por perturbar la razón de aquella desdichada criatura, que huye despavorida llamando á su madre.

Todos acuden alarmados, suponiendo que allí ha ocurrido algo extraordinario, sin que *Pantoja* acierte á contestar á las preguntas que todos le hacen.

Cuando le anuncian la llegada de *Máximo*, demuestra marcada contrariedad y trata de esquivar su primera aco-

egoismo tan grande que no cabe en el mundo; por esa virtud verdadera ó falsa, no lo sé, que en la sombra y sin ruido, lanza el rayo que aniquila; por esa dulzura que envenena, por esa suavidad que estrangula, confúndate Dios, hombre grande ó rastrero, águila, serpiente ó lo que seas.»

En este momento llega *Electra* acompañada de sus tíos y del *Marqués*: El poderoso influjo de las palabras de *Pantoja* han causado en el alma de la candorosa niña



Máximo, SR. FUENTES.—*Perdone usted. (Sereno y grave se dirige á Pantoja.) Con todo el respeto que á usted debo, señor Pantoja, le suplico que deje en libertad esa mano.*

FOTOGRAFIA DE "EL TEATRO" POR CALVET

metida que, como es de suponer, puede ser de terribles consecuencias.

En tanto que *Evarista*, *Urbano* y el *Marqués* corren en busca de *Electra*, *Máximo*, que ya ha entrado en escena, se encara resueltamente con *Pantoja*. La escena es terrible y de altísima tensión dramática. Sus palabras chocan como espadas. *Máximo* habla con la energía y el brío propios de su temperamento. *Pantoja* con imperturbable serenidad que, lejos de aplacar á su interlocutor, le excita por momentos.

Máximo, en el paroxismo de su furor, coge por el cuello á *Pantoja* y lo arroja sobre uno de los bancos de piedra del jardín, diciéndole al mismo tiempo:

«Pues por ese silencio, por esa burla, máscara de un

el efecto deceado. Rechaza las caricias que *Máximo* le prodiga, y solo desea ir al claustro. *Pantoja* manda aviso para que se presente la superiora del convento. *Electra*, al verla, se arroja en sus brazos.

El acto termina con la siguiente escena:

ACTO IV.—ESCENA FINAL

ELECTRA, MÁXIMO, EVARISTA, PANTOJA, DON URBANO, el MARQUÉS, PATROS, la SUPERIORA y HERMANAS

EVARISTA.—Hija mía, ¿qué delirio es ese?

MÁXIMO.—(Acudiendo á ella cariñoso.) Alma mía, ven, escúchame. Mi cariño será tu razón.

ELECTRA.—(Se aparta de Máximo con movimiento pudoroso.)



ACTO IV.—ESCENA I.—*Patros*, SRTA. ARÉVALO, Y *Electra*, SRTA. MORENO

FOTOGRAFIA DE DALVET

Su desvarío es ossegado, sin gritos ni carcajadas. Lo expresa con acentos de dolor resignado y melancólico.) No te acerques. Yo no soy tuya, no, no.

MÁXIMO.—¿Por qué huyes de mí? ¿A dónde vas sin mí...? PANTOJA.—(Que ha posado á la derecha junto á Evarista.) A la verdad, á la eterna paz.

ELECTRA.—Busco á mi madre. ¿Sabéis dónde está mi madre?... La ví en el corro de los niños... Fué después hacia la mimosa que hay á la entrada de la gruta... Yo tras ella sin alcanzaria... Me miraba y huía... (Oyese lejano el canto de niños en el corro.)

EL MARQUÉS.—¿Vés á Máximo? Será tu esposo...

MÁXIMO.—(Con vivo afeite) Nadie se opone; no hay razón ni fuerza que lo impidan, Electra, vida mía.

ELECTRA.—(Impugnando silencio.)

Ya no hay esposos ni esposas... ¡oh, qué triste está mi alma!... Ya no hay más que padres y hermanos, muchos hermanos... ¡Qué grande es el mundo y qué solo está, qué vacío! Por sobre él pasan unas nubes negras... las ilusiones que fueron mías, y ahora son... de nadie... ¡Qué soledad! Todo se apaga, todo llora... el mundo se acaba... se acaba. (Con arrebatado de miedo.) Quiero huir, quiero esconderme. No quiero padres, no quiero hermanos... Quiero ir con mi madre. ¿Dónde está su sepulcro? Allí, juntas las dos, juntas mi madre y yo, yo le contaré mis penas, y ella me dirá las verdades... las verdades.

PANTOJA.—(Aparte á Evarista.) Es la ocasión. Aprovechémosla.

EVARISTA.—Hija mía, te llevaremos á la paz, al descanso.

MÁXIMO.—No es esa la paz. El descanso y la razón están aquí. Electra es mía... (Evarista hace por llevarla.) Yo la reclamo.

ELECTRA.—Máximo, adios. No te pertenezco; pertenezco á mi dolor... Mi madre me llama á su lado. (Ansiosa, expresando una atención intensísima.) Oígo su voz...

MÁXIMO.—¿Su voz!

ELECTRA.—Silencio... Me llama, me llama. (Delirando.)

EVARISTA.—¡Hija, vuelve en tí.

ELECTRA.—¿Oís?... Voy, madre mía. (Corre hacia las hermanas.) Vamos. (A Máximo que quiere seguirla.) Yo sola... Me llama á mí sola, á tí no... A mí sola. ¿No oís la voz que dice ¡Eleecectra!...? Voy á tí; madre querida. (Las Hermanas, Evarista y Pantoja la rodean.)

MÁXIMO.—¡Iniquidad! Para poder robármela le han quitado la razón. (Quiere desprenderse de los brazos del Marqués y Don Urbano.)

MARQUÉS.—No la pierdas tú también. (Conteniéndole.)

DON URBANO.—Calma.

MÁXIMO.—¡Ah!—(Como asfixiándose.) Devolvedme á la verdad, devolvedme á la ciencia. Este mundo incierto, mentiroso, no es para mí.

Divídese el quinto acto en dos cuadros: el primero tiene lugar en el locutorio del convento de San José de la

Penitencia en el que está recluida Electra, merced, como es sabido á los hábiles manojos de Pantoja.

El bondadoso y afortunado agente de Bolsa don Leonardo Cuesta ha muerto, dejando la mitad de la fortuna á Electra con la expresa condición de que ésta abandone la vida religiosa. En su testamento nombra albaceas á Máximo y al Marqués de Ronda, los cuales han anunciado que se personarán en la Penitencia con el fin de notificar á Electra la última voluntad del finado.

Cuando Pantoja tiene conocimiento de lo que ocurre, aunque duda que Electra acepte la herencia á cambio de abandonar la vida que por su gusto ha abrazado, ofrece que la entregará al delegado de la autoridad, si este es el gusto de ella.

Máximo viene dispuesto á todo: á prender fuego

al convento si es preciso, antes que consentir que Electra quede allí para siempre. El Marqués le aconseja prudencia, esto es, emplear las mismas armas que contra él ha esgrimido su adversario.

Véase la escena, una de las que más entusiasmo ha despertado en el público:

ACTO V.—ESCENA V

EL MARQUÉS, MÁXIMO

MARQUÉS.—¿Qué dices á esto?

MÁXIMO.—Que ese hombre, de superior talento para fas-



ESCENA VII.—Electra, SRTA. MORENO, Y Pantoja, SR. VALLARINO

PANTOJA.—Tendrías que empezar tu destrucción por Lázaro Yuste.

ELECTRA.—¡El padre de Máximo!

PANTOJA.—El primer corruptor de la desgracia de Eleuteria.

FOT. DE "EL TEATRO" POR CALVET

cinar a los débiles y burlar a los fuertes, nos volverá locos. Yo no soy para esto. En luchas de tal índole, voluntades contra voluntades, yo me siento arrastrado a la violencia.

MARQUÉS.—¿Qué harías, pues?

MÁXIMO.—Llévámela de grado ó por fuerza. Si no tengo poder bastante, buscarlo adquiriéndolo, comprarlo; traer amigos, cómplices, un escuadrón, un ejército... (*Con creciente calor y brío.*) Renacen en mí los tiempos románticos y las ferocidades del feudalismo.

MARQUÉS.—¿Y eso piensa y dice un hombre de ciencia?

MÁXIMO.—Los extremos se tocan. (*Exultándose más.*) A ese hombre, a ese monstruo... hay que matarlo.

MARQUÉS.—No tanto, hijo. Imitémosle, seamos como él astutos, insidiosos, perseverantes.

MÁXIMO.—(*Con brío y elocuencia.*) Seamos como yo, sinceros, claros, valientes. Vayamos a cara descubierta contra el enemigo. Destruyémosle si podemos, ó dejémosnos des-

MÁXIMO.—(*Con mayor violencia.*) Eficacísimos, si: pegar fuego a esta casa, pegar fuego a Madrid...

MARQUÉS.—No disparates. En el caso de que la niña no quiera salir, nos la llevaremos a la fuerza.

MÁXIMO.—(*Muy visiblemente hasta el fin.*) O la fuerza vencedora, ó la desesperación vencida... Moriré yo, morirá ella, moriremos todos.

MARQUÉS.—Morir no: vivamos muy despiertos. Preparémonos para lo peor. Ya tengo las llaves para entrar por la calle nueva. La Hermana Dorotea nos pertenece... Chitón.

MÁXIMO.—¿A la violencia!

MARQUÉS.—¿Astucia, caciquismo!

MÁXIMO.—¿Por el camino derecho!

MARQUÉS.—¿Por el camino sesgado! Y vámonos, que nuestra presencia aquí puede infundir sospechas.

MÁXIMO.—Vámonos, sí.

MARQUÉS.—Confía en mí.

MÁXIMO.—Confío en Dios.



ACTO IV.—ESCENA XIII.—*Electra*, SRTA. MORENO.—«*Mi madre me llama a su lado.*»

FOTOGRAFIA DE "EL TEATRO" POR CALVET

truir por él... pero de una vez, en una sola acción, en una sola embestida, en un solo golpe... O él ó nosotros.

MARQUÉS.—No, amigo mío. Tenemos que ir con pulso. Es forzoso que respetemos el orden social en que vivimos.

MÁXIMO.—Y este orden social en que vivimos nos envolverá en una red de montiras y de argucias, y en esa red pereceremos ahogados, sin defensa alguna... manos y cuello cogidos en las mallas de mil y mil leyes caprichosas, de mil y mil voluntades falaces, alevos, corrompidas.

MARQUÉS.—Cálmate. Preparemos el ánimo para lo que esta tarde nos espera. Preveamos los obstáculos para pensar con tiempo en la manera de vencerlos... ¿Qué sucederá cuando le digamos a *Electra* que tú y ella no nacisteis de la misma madre?

MÁXIMO.—¿Qué ha de suceder? Que no nos creará... que en su mente se ha petrificado el error y será imposible destruirlo. ¿Sabe usted lo que puede la sugestión continua, lo que puede el ambiente de esta casa sobre las ideas de los que en ella habitan?

MARQUÉS.—Emplearemos, pues, medios eficaces.

El segundo cuadro es muy rápido. La decoración representa el patio del convento de La Penitencia. A la derecha se ve un costado de la iglesia con ventanales por donde se trasluce la claridad interior. A la izquierda hay un portalón por donde se pasa a otro patio, que se supone comunica con la calle. Al fondo, entre la iglesia y las construcciones de la izquierda, un gran arco rebajado, tras el cual se vé en último término el cementerio de la congregación, donde según hemos dicho antes, yacen los restos mortales de la madre de *Electra*. Es de noche completamente.

Al verificarse la mutación, aparecen en escena dos novicias: una es *Electra*, y la otra *Sor Dorotea*, una infeliz á quien también pretenden sepultar en vida.

Cuando esta anuncia á *Electra* lo que *Máximo* proyecta para sacarla de aquel sitio, ella se niega á aceptar, no atreviéndose á creer que sea una farsa indigna cuanto le ha dicho *Pantoja* respecto de su parentesco con *Máximo*.



Electra, SRTA. MORENO

FOTOGRAFIA DE "EL TEATRO" POR CALVET



Electra en el convento, SRTA. MORENO

Cuando al terminar esta escena, *Electra* queda sola, invoca á su madre cuya sombra se le aparece, y le dice que ningún vínculo de la naturaleza la une al hombre que la elige por esposa.

Desaparece la sombra y por la puerta de la izquierda aparece *Máximo* gritando:

— ¡*Electra!*

Ella se arroja en sus brazos, y al verla *Pantoja*, le pregunta:

— ¿Huyes de mí?

A lo cual contesta el enamorado sabio:

— No huye, no... ¡Resucita!

Con esta hermosa frase termina el drama.

En la interpretación de *Electra* todos los artistas de la compañía del Español que en ella tomaron parte, distin-

guieron notablemente; mereciendo especial mención la señorita doña Matilde Moreno, que interpretando el simpático papel de *Electra* ha conseguido un puesto preeminente entre las primeras actrices españolas, y el Sr. Fuentes, que ha trocado en realidad las legítimas esperanzas que nos hizo concebir cuando por vez primera le vimos actuar en el clásico coliseo.

El infortunado actor D. Ricardo Valero, muerto pocos días después del estreno de la famosa producción de Galdós, que estrenó el papel de *Pantoja*, y Vallarino y Llorente, que lo interpretaron después, consiguieron darle toda la verdad y todo el relieve que el fatídico personaje exige, aun á riesgo de contar las iras del público, que no pierde ocasión de manifestar el odio profundo que le inspira su presencia.

Muy bien las señoras Llorente y Badillo y las señoritas Arévalo, Araya y del Valle, como asimismo Altarriba, Sala-Julien, Del Cerro, Culvera y Coduras, afortunados intérpretes de *Electra*.

También merece un aplauso entusiasta Amalio, autor de las magníficas decoraciones de la justamente celebrada producción de don Benito Pérez Galdós.

Electra, además de ser un éxito literario de verdadera resonancia, así en España como en el extranjero, ha sido un éxito de taquilla cual no se había visto hasta ahora, ni aún en aquellos tiempos en que el señor Echegaray sostenía el solo en su poderoso genio dramático y los frutos de su privilegiada fantasía las gloriosas tradiciones de nuestro teatro, que caminaba rápidamente hacia la decadencia.



La Sombra de Eleuteria, SRA. DEL VALLE

FOTS. DE "EL TEATRO" POR CALVET